

La bolsa amarilla

Lygia Bojunga

Ilustraciones
Esperanza Vallejo



La bolsa amarilla



La bolsa amarilla

Lygia Bojunga

Ilustraciones
Esperanza Vallejo

Traducción
Elkin Obregón

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

Título original en portugués:
A Bolsa Amarela
D.R. © 1976 Lygia Bojunga
D.R. © 1997 Editorial Norma
Av. El Dorado 90-10, Bogotá, Colombia

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Benito Juárez, Ciudad de México,
C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de
Educa Inventia, S.A. de C.V.

Traducción: Elkin Obregón
Diagramación y armada: Itzel Castañeda
Elaboración de cubierta: Patricia Martínez Linares
Ilustraciones: Esperanza Vallejo

Segunda edición México: abril 2019

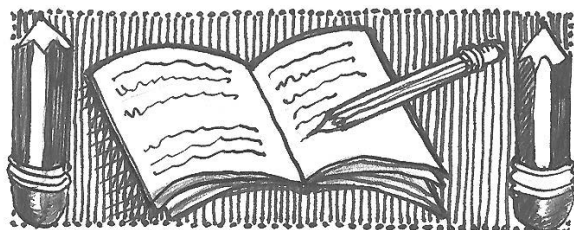
Impreso en México - *Printed in Mexico*

SAP: 61089157
ISBN: 978-607-13-0889-4

Contenido



Los deseos.....	7
La bolsa amarilla.....	23
El gallo.....	33
Historia del gancho de pañal.....	45
La vuelta de la escuela.....	49
El almuerzo.....	69
Terrible se marcha.....	91
Historia de un gallo de pelea y de un carrete de hilo fuerte.....	99
Comencé a pensar diferente.....	111
En la playa.....	135



1. Los deseos

Tengo que encontrar un lugar para esconder mis deseos. No digo un deseo flaco, pequeñito, como tomar helados a todas horas, escaparse de clase de matemáticas, comprar zapatos nuevos porque no aguanto más los míos. Deseos así todos los pueden ver, no me preocupa en lo más mínimo. Pero los otros —los tres que de repente van creciendo y engordando toda la vida— ah, esos no los quiero mostrar más. De ninguna manera.

No sé cuál de los tres me confunde más. A veces creo que es el deseo de crecer de una vez y dejar de ser niña. Otras veces creo que es el deseo de haber nacido niño en vez de niña.

Pero hoy me está pareciendo que es el deseo de escribir.

He hecho todo para librarme de ellos. ¿Sirvió? ¡Hmm! Es cuestión de que me distraiga un poco y al momento se aparece alguno. Ayer mismo estaba comiendo y de pronto pensé: Dios, faltan tantos años para que me vuelva grande. Con eso bastó: el deseo de crecer comenzó a engordar, y tuve que salir corriendo para que nadie lo viera.

Hace mucho tiempo que tengo el deseo de ser grande y de ser hombre. Pero fue solamente el mes pasado cuando el deseo de escribir empezó a crecer también. Las cosas pasaron así:

Un día me puse a pensar qué iba a ser yo más tarde. Resolví que iba a ser escritora. Y empecé a fingir de una vez que ya era. Solamente por entrenar. Comencé escribiendo unas cartas:

Querido Andrés:

Estoy con ganas de charlar. Pero nadie hace caso. Todos dicen que no tienen tiempo. Pero se sientan a ver televisión. Quería contarte mi vida. ¿Puedo?

Un abrazo de Raquel.

Al otro día, cuando fui a ponerme los zapatos, encontré dentro de uno la respuesta:

Puedes.

Andrés.

Hasta parecía un telegrama, de esos que escribimos muy cortos para ahorrar dinero. Pero no hice caso. Escribí de nuevo:

Querido Andrés:

Cuando nací mis dos hermanas y mi hermano ya tenían más de diez años. Creo que es por eso que nadie aquí en casa tiene paciencia conmigo: todos son grandes desde hace mucho tiempo, menos yo. No sé cuántas veces le oí decir a mis hermanos: "Raquel nació por casualidad. Raquel nació cuando ya no era hora. Raquel nació cuando mamá no estaba ya en condiciones de tener un hijo". Estoy sobrando, Andrés. Desde que nací estoy sobrando. ¿No te parece? Un día les pregunté: ¿Por qué mamá no estaba en condiciones de tener un hijo?" Ellas me contestaron que mamá trabajaba demasiado, ya estaba cansada, y que además en casa no había dinero para educar bien a tres hijos, qué decir cuatro.

Me quedé pensando: “¿Y si ella no quería más hijos, por qué nació yo?” Pensé mucho en eso, ¿sabes? Y terminé opinando que una persona solamente debe nacer cuando la madre de esa persona quiere que nazca. ¿No crees?

Raquel.

Dos días después llegó la respuesta. Estaba escrita en una esquina del papel que envolvía el pan:

Creo.

Andrés.

No me gustó nada recibir otra vez un telegrama en lugar de una carta. Pero a pesar de eso seguí contándole mi vida:

¡Hola, Andrés!

No puedo negar que mi familia se las arregla bien: mi papá y mi mamá trabajan, mi hermano estudia en la universidad, mi hermana mayor también trabaja. Solamente los veo por la noche. Pero mi otra hermana ni trabaja ni estudia, y por eso andamos siempre peleando. ¿Sabes qué dice? Que ella manda en mí, así de simple. No puedo traer a casa una amiga: mi hermana se pone las manos en la cabeza, y alega que los

niños hacen barullo. Nunca puedo ir a visitar a alguien: ella sale, le echa llave a la puerta, dice que va a hacer el mandado (mentira, va a reunirse con sus amigos) y yo me quedo aquí, trancada, para atender al teléfono y decir que ella no se demora. Ganas no me faltarían de saltar por la ventana, pero ni eso puedo: sexto piso.

Esa hermana de la que te hablo es bonita de verdad, tendrías que verla. No sé qué es más: si bonita o presumida. Imagínate que el otro día me dijo: “Soy tan bonita que no necesito estudiar ni trabajar: me sobran los hombres que quieren mantenerme; puedo darme el lujo de escoger”.

Yo me inventé entonces que Roberto (un chico ricachón que le gusta mucho) había hablado mal de ella. “¿Sabes qué anda diciendo?” —le dije— “Que eres tan burra que hasta das pena”. No te cuento los coscorriones que me llevé. Y esa noche, cuando los otros llegaron (me fui temprano a la cama porque me olía lo que iba a pasar), ella les dijo que yo seguía siendo la mayor inventora de chismes del mundo. Y, claro, todos se pusieron en contra mía. Me dormí muy triste, con un gran disgusto de ser niña cuando sería tan estupendo ser grande. Y no es que por gusto hubiera inventado nada, la cosa salió sin querer. Sale siempre así, sin querer, ¿qué culpa ten-

go? ¡Y siempre resultan aquellos líos, es terrible! Oye, Andrés, ¿me haces un favor? Deja ya esa manía de los telegramas y dime qué hago para no crear más líos. POR FAVOR, ¿sí?

Raquel.

Esperé la respuesta no sé cuántos días. Hasta que una tarde hubo un ventarrón tremendo. La ventana del cuarto estaba abierta, entraron hojas, polvo, y un papel escrito con la letra de Andrés. Vibré: era una carta de verdad, hasta más grande que las mías:

Querida Raquel:

Para decirte la verdad yo no quería meterme en esa historia: una vez me puse a desenredar el problema de una amiga mía y acabé enredándome yo también. Pero dijiste POR FAVOR, y resulta bastante ruin no atender a un favor pedido con letra tan grande. Así que pensé mucho, y acabé por creer que para evitar más líos debes hacer lo siguiente: de ahora en adelante inventa sólo cosas inventadas, ¿entiendes lo que digo? Si inventas una historia con gente que no existe, apuesto que a nadie le importa. Si tu familia se molesta es porque en medio de

Querido Andrés: Cuando nací, mis dos hermanas
y mis hermanas,



la invención metes al novio de tu hermana, o, por decir algo, al gato de la vecina, o a la tía Brunilda, o no sé a quién más. Pero si inventas una historia con gente inventada, con una casa inventada, con animales inventados, con todo inventado, apuesto a que no te dan más coscorrones ni...

Estaba tan interesada en la carta de Andrés que no me había dado cuenta de que mi hermano estaba detrás de mí, leyendo también. Me arrancó la carta.

—¿Quién es Andrés?

—Nadie. Andrés es inventado.

Mi hermano puso aquella cara de desconfianza que conozco tan bien.

—Ya vas a empezar, ¿eh?

—Palabra de honor. Tengo la manía de coleccionar nombres que me gustan; y me gusta mucho Andrés. Entonces, un día que no tenía con quien conversar, me inventé un niño para el nombre. Un niño estupendo: dos años mayor que yo, pelo y ojos negros, y que piensa igual a mí. Ahí fue cuando comencé a escribirle cartas.

—Oye: ¿por qué piensas que te voy a creer esa historia?

—Pues porque es verdad.

—¿Es tu novio?, ¿compañero de la escuela?

—¿Cómo va a ser? Te estoy diciendo que es inventado. Invento dónde me va a escribir, invento lo que va a decir, lo invento todo.

Mi hermano hizo cara de burla:

—¿Y por qué inventaste un amigo, en vez de una amiga?

—Porque me parece mucho mejor ser hombre que mujer.

Él me miró, muy serio. De repente rió:

—¿Para todo?

—Sí. Ustedes pueden hacer un montón de cosas que nosotras no podemos. Mira: en la escuela, cuando hay que escoger un jefe para los juegos, siempre es un niño. Ni se diga jefe de familia, que también es el hombre siempre. Si quiero jugar al fútbol, que es el juego que más me gusta, todos me apartan y dicen que es un juego de hombres; si quiero elevar una cometa, es lo mismo. Y, así por el estilo, no sé cuántas burradas: todo el mundo está siempre diciendo que ustedes son los que tienen que estudiar, que ustedes son los que van a ser jefes de familia, los que van a tener responsabilidades, los que van a tener todo. Hasta para pensar en matrimonio —¿crees que no me doy cuenta?— tenemos que esperar a que ustedes decidan.

Siempre estamos esperando a que ustedes nos resuelvan las cosas. ¿Quieres que te diga algo? Me parece malísimo haber nacido niña.

Mi hermano ni siquiera se molestó. ¿Pero por qué lo iba a hacer? Yo estaba diciendo que ser hombre era bueno... Pensé que tal vez iba a querer conversar conmigo, pero solamente dijo:

—Ahora cuéntame, ¿quién es Andrés?

Casi me fui de espaldas:

—¡Pero si ya te conté!

—Cuéntamelo mejor. No me está convenciendo nada que ese tal invento tuyo sea solamente para poder charlar.

—Bueno, solamente solamente, no.

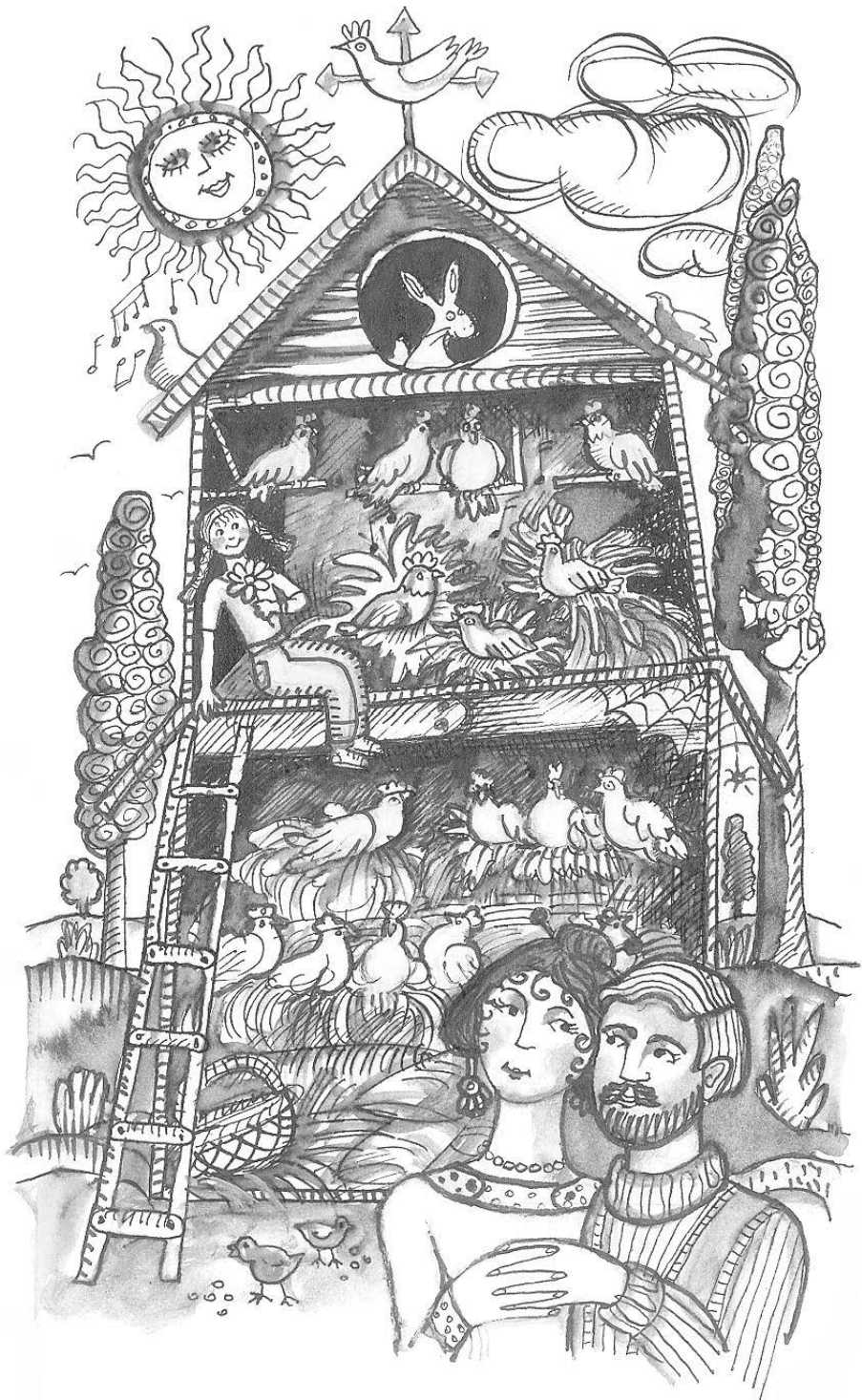
—¡Ah!...

—¿Ah, qué?

—Cuenta.

—Pues mira: Resolví que voy a ser escritora, ¿sabes? Y las escritoras tienen que vivir inventando gente, direcciones, teléfonos, casas, calles, un mundo de cosas. Por eso inventé a Andrés. Para irme entrenando desde ahora. Así de sencillo.

Entonces mi hermano hizo cara de disgusto y dijo que de nada servía conversar conmigo porque yo nunca decía la verdad. Me puse muy mal:



—Por Dios, ¿cuándo van a creer en mí? Si estoy diciendo que quiero ser escritora, es porque de verdad quiero.

—Deja esas ideas para después, ¿eh? Y en vez de gastar el tiempo en bobadas, dedícalo a estudiar más. ¡Ah! Y escucha: no quiero ver otra carta de Andrés, ¿entiendes?

Lo que entendí es que ya no había nada que yo pudiera decir. Ni siquiera respondí. Y cuando él salió del cuarto escribí a toda prisa una nota:

No resulta, Andrés: los grandes no nos entienden. Creo que es mejor que no te escriba más.

Y así fue: nunca más le escribí.

Pasé un tiempo sin escribir ninguna carta. Pero un día no tenía nada que hacer y pensé: “Ah, ¿y al fin de cuentas, por qué no?” Busqué en mi escondite de nombres, cogí uno que adoro, inventé una amiga para él, y comencé a escribirle:

Lorelai:

Todo era tan lindo cuando vivía en el campo. La casa tenía un patio con millones de cosas, tenía hasta un gallinero. Yo conversaba con

todos, gallinas, perros, gatos, lagartijas, conversaba con tanta gente que ni te imaginas, Lorelai. Había árboles para subir, un río que pasaba por el fondo, había tanto escondite bueno que me podía haber quedado escondida toda la vida sin que nadie me encontrara. Papá y mamá vivían riéndose, tomados de la mano, era lindo de ver. Ahora todo es distinto: andan siempre de mala cara, pelean, discuten por cualquier cosa. Y claro, después todo el mundo queda enfadado. Un día les pregunté: “¿Qué es lo que está pasando, que a cada momento se pelean?” ¿Y sabes qué me contestaron? Que eso no debía importarle a los niños. Y lo peor es que ese asunto de los disgustos en casa me pone muy, muy triste. Me gustaría tanto encontrar un remedio para olvidarme de las peleas y de las malas caras. ¿Será que tú me puedes dar ese remedio?

Un beso de Raquel.

Ella escribió la respuesta en la última hoja del cuaderno de comunicación:

Querida amiga:

Creo que el único remedio es que vuelvas al

patio de tu casa. Allá andan todos de la mano, no hay peleas ni caras feas, y además tienes gato, río, gallinero. Apuesto que hasta conejos tienes.

L.

Terminé de leer y le respondí, diciéndole que sí, que tenía conejos, pero que ése no era el remedio. ¿Cómo podía volver al patio? ¿Sola? ¿Pensaba que me iban a dejar? Al otro día, cuando entré al ascensor, encontré un papel caído en el suelo. Era una nota de Lorelai:

Raquel:

Te escapas y listo.

Un beso de Lorelai.

La cosa comenzó a calentarse. Le escribí diciendo que muy bien, que me iba: pero si ella venía conmigo. Ella aceptó. Entonces inventé el viaje. Fue cuando a mi hermana le dio por ordenar el armario y encontró las cartas detrás de la gaveta. ¡El escándalo que armó! “¿Quién es esa tal Lorelai que te quiere ayudar a huir de casa?”. Empecé a explicarle que Lorelai era inventada, que el viaje era inventado, que... pero ella ni me dejó acabar. Dijo que yo era un caso perdido, me

dio un tirón de orejas, le llevó la queja a papá, todos se pusieron de nuevo contra mí, y yo empecé a sospechar que no se puede ser niña y escritora a la vez. Desistí de escribir cartas.

Me pasé un montón de días pensando en mi familia, para ver si entendía por qué se enfadaban tanto conmigo. Acabé desistiendo también: la gente grande es muy difícil de entender. Pero en compensación tuve una idea: “¿Y si escribo una novela? Nadie se va a poder enfadar, porque todo el mundo sabe que una novela es la cosa más inventada del mundo”.

Me pareció una idea estupenda y escribí la novela. Pequeña. Pensé que para comenzar era bueno hacer una que fuera pequeña. Era la historia de un gallo llamado Rey —un gallo muy, muy bonito— que un día siente unas ganas locas de dejar la vida de gallo. Vivía en un gallinero con quince gallinas, pero a él no le gustaba dar órdenes y pensaba que eran demasiadas gallinas para un solo gallo. A decir verdad, le aburría ser el jefe de una familia tan rara. Entonces resuelve huir del gallinero. Pero tiene miedo de que todos se pongan contra él. Y se pasa la novela entera en aquella duda de si huye o no huye. Al final de la historia, resuelve

lo siguiente: si no quería vivir esa clase de vida, no había más remedio que huir, y bien pronto. Y entonces huye.

Era un domingo cuando acabé la historia. Me llamaron para ir al cine. Salí a las carreras y dejé la novela en el cuarto. Mi hermana la vio y la leyó. Cuando volví a casa me preguntó: “¿Cómo haces para pensar tantas tonterías, Raquel?”. Le hizo gracia y se la pasó a mamá para que la leyera.

Y mamá se la pasó a papá.

Y papá a mi hermano.

Y mi hermano a mi otra hermana.

Y ella a una vecina.

Y la vecina al marido, que además es el síndico del barrio.

Al regreso del cine encontré a todo el mundo riéndose de mi historia. Aquello era una broma de nunca acabar sobre gallos, gallinas y gallineros. Y lo peor era que no se reían solamente de la historia: se reían también de mí, y de las cosas que yo pensaba.

Me fue dando tal rabia de haber dejado la novela en el cuarto que de repente, sin pensar en lo que estaba haciendo, cogí la novela y la rompí. Rompí el gallo llamado Rey, la familia

rara que tenía, rompí todo el gallinero con todo lo que había adentro. Resolví que hasta el día en que fuera grande no iba a escribir nada más. Sólo los deberes de la escuela, y ya era mucho.

Y fue a partir de aquello cuando el deseo de ser escritora comenzó a engordar, igual o más que los otros dos.

Si la gente aquí de casa ve mis tres deseos engordando de esa manera, y creciendo como globos, apuesto a que se van a reír. No entienden esas cosas, dicen que son niñerías, no las toman en serio. Tengo que encontrar de prisa un lugar para esconder los tres: si hay algo que no quiero ya es ver a los grandes riéndose de mí.